algar

Colección Calcetín

Sirenas, vikingos, ballenas... y una escalera

Carmela Trujillo

Dibujos de **Pam López**

1

Frente al colegio hay un campo. Un campo pequeño.

Bueno, no es un campo. Es como un jardín, pero sin ser jardín. Tiene hierbajos, florecillas de esas blancas, un árbol seco, piedras, barro, latas, botellas de plástico... Ah, también hay ladrillos rotos, algún palo y cacas. Cacas de perro. Muchas. No te das cuenta de dónde pisas y ¡zas!

–Se llama descampado, Rubén –me dice mi abuelo cuando me oye. También suelta una risita–. No es un jardín. Qué cosas se te ocurren. ¡Un jardín!

Y vuelve a reírse. Tiene una risa contagiosa, dice mi padre. Cuando comienza a reírse, todo el mundo le sigue.

Yo también me río. Estoy contagiado de su risa.

Vamos de la mano. Mi mano morena dentro de la suya blanca. Le da igual que yo ya tenga nueve años. Siempre me toma de la mano. Y yo me dejo. Me gusta. A las dos viene a buscarme al colegio. A la hora de la salida. Me da un beso y luego me deja que vaya a ese descampado con mis amigos. Con Rafa, Silvia y Guille. En cuanto salimos del cole, los cuatro nos vamos pitando a ese jardín estropeado.

–Un estercolero, eso es lo que es –dice el padre de Guille, que viene a buscarlo los martes y jueves.

Hoy es jueves. Los otros días, Guille se queda en el comedor. Son los días en que juega al fútbol en el patio. Con los otros amigos. Los amigos futbolistas. Guille juega muy bien. Es el mejor. De mayor será eso, futbolista. O entrenador. O *fisioalgo*. Eso dice.

–Un sitio repleto de porquería, eso es lo que es –repite el padre de Guille–. Ya hace tiempo que tendrían que haber construido pisos. Eso necesitamos, pisos nuevos, no un solar como este.

–Es un solar repugnante –opina la tía de Silvia, que se llama algo así como Margarita o Rosa o Azucena... No sé, algo de flor, creo.

Esa tía-flor lleva a un hijo en el cochecito. Un niño que llora siempre. Todo el rato.

La tía-flor de Silvia también tiene otro hijo, que va a sexto y se llama Edu. No es mi amigo. Y me cae mal. Pero que muy mal. Y es que, cuando yo vine en segundo, se metía conmigo. Me llamaba *negrito.* Qué pesado. Sigue sin entender nada. Sin entender que todos somos iguales. Que todos pensamos. Reímos. Comemos. Jugamos al fútbol. A las canicas. Nadamos. Leemos.

¡Qué mal me cae Edu!

No solo no es mi amigo, sino que también es un mandón. Un mandón de mucho cuidado. A veces juega con nosotros en el campo destartalado. Pero, como es tan mandón, no queremos que venga con nosotros. Porque siempre tenemos que jugar a lo que él dice. Y acabamos siendo sus criados. O sus siervos. O algo así.

–Esclavos –dice Silvia muy enfadada–. Mi primo se cree que somos sus esclavos. ¡Lo odio!

–¡Y yo!

–¡Y yo!

–¡Y yo!

Luego, después de jugar, y como Rafa y Silvia son vecinos, se van con la tía-flor, el bebé llorón y Edu-mandón a comer a su casa. Todos juntos. Yo me voy a la casa de mi abuelo, hasta que vienen a buscarme mis padres. A las seis. O a las ocho. Depende.

–Es un solar sucio y repugnante –continúa diciendo la tía de Silvia–, y el día menos pensado desaparecerá.

–¡Por supuesto que desaparecerá! –opina el padre de Guille, arrugando la frente–. ¡Vamos, que desaparecerá!

–¿Vendrán los marcianos y se lo llevarán en su platillo volante? –quiero saber–. ¿Un mago? ¿Lo hará desaparecer un mago?

–¡Ay, Rubén –exclama mi abuelo soltando otra risita–, menuda imaginación!

–Desaparecerá porque el día menos pensado construirán pisos –explica la tía-flor, contagiada por la risa de mi abuelo.

Y señala todo el solar, arriba y abajo, como si ella estuviera viendo esos pisos que ahora son invisibles.

Como si ella ya viviera en uno de esos pisos que algún día construirán.

Como si ella estuviera asomada a uno de sus balcones y, desde arriba, lo mirara todo.

En verdad, los adultos son iguales a nosotros. ¡Iguales! Porque cuando yo juego con Rafa, Silvia y Guille en ese jardín que no es jardín, también construimos casas. Nos ima-

ginamos que esas casas tienen paredes, puertas, ventanas. Jugamos a las tiendas. Jugamos a los bomberos. A los policías, a los prehistóricos, a...

–Ojalá no tarden en edificar –añade el padre de Guille, ya sin risa–. Este vertedero hace mucho tiempo que no debería estar aquí. ¡Y enfrente del colegio! ¡Habrase visto!

–¡Deberíamos quejarnos, otra vez, al ayuntamiento!

–¡Deberíamos...!

–¡Y...!

–¡O tal vez...!

–¿Y si...?

Entonces, los mayores comienzan a hablar del tema. Se acercan más padres, más abuelos. Se quitan la palabra unos a otros. Están muy enfadados. O no, no lo están, pero no nos quedamos a averiguarlo. Mis amigos y yo

decidimos correr hacia el campo-descampado a jugar. ¡Por fin! Y vamos derechos al charco, al supercharco que ha aparecido con las lluvias de ayer.